

Francisco Herrera: retrato de un humanista emboscado

Juan V. Fernández de la Gala

El Puerto de Santa María (Cádiz), España

Correo electrónico: delagala@telefonica.net

RESUMEN: Una breve evocación de la vida docente y las inquietudes más perennes del profesor Francisco Herrera Rodríguez en el primer aniversario de su muerte.

PALABRAS CLAVE: historia de la ciencia, Universidad de Cádiz, UCA, historia contemporánea, historia de la enfermería, Real Colegio de Cirugía de Cádiz.

Francisco Herrera: portrait of an ambushed humanist

ABSTRACT: A brief evocation of the teaching life and the most perennial concerns of Professor Francisco Herrera Rodríguez on the first anniversary of his death.

KEYWORDS: history of science, Universidad de Cádiz, UCA, contemporary history, history of nursing, Real Colegio de Cirugía de Cádiz.

A caba de cumplirse un año de la ausencia física del profesor Francisco Herrera Rodríguez, catedrático de Historia de la Enfermería de la Universidad de Cádiz (UCA). Y es cierto que ya no están entre nosotros ni su redonda bonhomía de profesor afable ni su erudición sin bordes ni aquel didactismo ameno que desplegaba en sus clases y por el que siempre será recordado como un maestro de las humanidades médicas. Pero créanme si les digo que, ahora mismo, mientras escribo estas líneas, vislumbro aún, en el espejo velado del recuerdo, sus mismos ojillos divertidos detrás de sus gafitas de miope indulgente, su conversación apasionada y sin puertas, y hasta me parece percibir la presión de su mano en mi hombro para decirme «no cargues ahí las tintas», «llaneza, muchacho», «quita ese adjetivo, que noto que me viene grande»... Es fácil notar también a mi espalda su serena capacidad de escucha, el modo en que solía acompañar la conversación del otro con un leve asentimiento, saltándole a los ojos el humor o con una leve sombra de seriedad en los labios cuando se le hacía partícipe de una confidencia. Qué buen clínico hubiera sido el doctor Herrera, desde esa serena empatía que vestía sobre el chaleco, si no se le hubieran cruzado en la vida el trabajo de galeote del docente y el del investigador que fue.

Cualquier tema de conversación era para él campo abonado para el disfrute, para la escucha, para la anécdota oportuna y, al final, también para la recomendación, el consejo o la invitación a la esperanza. «Avante claro», solía ser el remate entusiasta de sus mensajes. No obstante, el profesor Herrera sí tenía temas favoritos y en ellos sacaba a flote su erudición de solera y enarbolaba al viento todos los estandartes del deleite. Uno sabía entonces que la conversación llevaba buen rumbo, con la proa bien enfilada al puerto de Alejandría, a Éfeso o a Creta. Paco Herrera era un experto en la historia de la medicina de los siglos XIX y XX, con aportaciones originales sobre la poliomielitis, la viruela, el paludismo, la gripe del 18 o el tifus exantemático. Manejaba y conocía al dedillo los manuales que permitieron la formación de tantas generaciones de cirujanos barberos, practicantes, comadronas, enfermeros psiquiátricos, higienistas o damas enfermeras de la Cruz Roja. Prestó especial atención a las primeras publicaciones científicas, pioneras de

la época de las especialidades, y fue siempre para mí el guía perfecto para rastrear las hemerotecas especializadas o los archivos académicos, lugares que conocía bien y en los que se movía de babor a estribor con la soltura de un contraamaestre. A mí me parecían lugares de laberinto en los que era muy fácil perderse ante la sola escollera metálica de los ficheros. Para él, en cambio, eran espacios de privilegio para asomarse a otra época, tomar el pulso a la vida de los profesionales sanitarios, palpar sus inquietudes o auscultar los rumores de sus conflictos sociales.

Esgrimía también las artes afiladas del docente, que lo han convertido en un maestro inolvidable para muchas promociones de alumnos de Enfermería y Fisioterapia. Mientras compartimos docencia en el campus de Algeciras, al placer de un viaje conversado desde El Puerto de Santa María se unía luego la oportunidad de asistir a su clase, asombrándome, como un alumno más, de su esfuerzo de claridad expositiva y de su arte de hacer fácil lo difícil; pero, sobre todo, de la cadencia de cariño extraordinario con que sabía envolver sus palabras. Y los alumnos no eran indiferentes a ninguna de estas tres cualidades propias del maestro.

En aquella aula de Algeciras reinaba, de vidrios para dentro, la solidez de un saber bien reflexionado, bien expuesto y bien ameno. Mientras, de vidrios para fuera, se dibujaba la silueta rocosa del peñón de Gibraltar. Fue allí —les explicaba el profesor Herrera a los alumnos— donde las tropas españolas habían puesto sitio a ese mismo peñón y fue allí donde se gestó la idea del Real Colegio de Cirugía de Cádiz, que cobró finalmente cuerpo físico en 1748. Los cirujanos Jean Le Combe y Pedro Virgili trazaron delante de ese peñón un plan estratégico que esta vez no era ofensivo, sino formativo: reunir en una sola profesión sanitaria las funciones que hasta ahora habían ejercido por separado los médicos y los cirujanos de la Armada y establecer para ello un largo itinerario curricular de seis años para su formación completa. Pocos años después, la Universidad de Montpellier copió el modelo y desde allí se extendió a todas las universidades del mundo civilizado. El Real Colegio fue dotado con un anfiteatro anatómico, una surtida biblioteca y un jardín botánico donde no faltaban las especies americanas que asombraron a Humboldt y a Bonpland, y que el gaditano José Celestino Mutis, Hipólito Ruiz, José Antonio Pavón o Martín de Sessé describieron para la ciencia y del que enviaron a Cádiz muestras y herbarios con ese fin. Allí estaban la corteza del árbol de la quina, la resina de ipecauana, el bálsamo de Tolú, los tabonucos, la balsamina, el epazote...

Nuestra farmacopea se enriqueció así no solo con los remedios de plantas de ultramar, sino también de nombres con sonoridad de ensalmo, que llenaron las boticas europeas de aromas de esencias novedosas, trinos de pájaros exóticos o rumores de hojarasca tro-

pical que salían del fondo de las orzas y los albarelos de Talavera que llenaban sus estantes. Con rebuscada caligrafía gótica, las cartelas daban fe notarial de aquel mágico contenido capaz de resucitar a un muerto con el simple sortilegio de su nombre.

Pero si en el profesor Herrera hubo una afición especialmente ardiente fue la de explorar las conexiones secretas que unen la medicina con la literatura. Me confesaba que aprendió estas artes de doble vía del magisterio del profesor Luis Sánchez Granjel, que había abordado ya los aspectos médicos de la literatura en los textos de la llamada generación del 98, particularmente en Baroja, Azorín y Unamuno. Herrera lo extendió a Gerardo Diego, José Luis Sampedro, Miguel Delibes o Josep Pla y, más allá de nuestras fronteras, a Harold Brodkey, Walt Whitman o Conan Doyle. Su obra *Las enfermedades de Sísifo: Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad* es la crónica de esa provechosa travesía, puesta a disposición del lector curioso.

Así que cuando le propuse que dirigiera mi tesis de doctorado sobre la medicina en la obra de Gabriel García Márquez, vi de inmediato brillar en sus ojos la complicidad y el entusiasmo. Junto con el profesor Juan Rafael Cabrera, él me acompañó en el proceso. Lo hicieron ambos con la respetuosa libertad del amigo, pero con la asidua cercanía de quienes desean conocer cada hallazgo o cada tropiezo, para poder ofrecer, respectivamente, la celebración más festiva o el consejo más oportuno.

Desde los comienzos de su carrera docente, Herrera fue uno de esos profesores que invitan al alumno a salirse de la estrechez de los programas académicos con una dieta de lecturas balsámicas. Desde luego, no como simple actividad de ocio y menos aún como el ejercicio obligado de quien quiere fingir su pose de persona de cultura. Para un estudiante de medicina, leer debería ser siempre un ejercicio de observación atenta, como el que se exige en su formación propedéutica. Después del contacto estrecho con el paciente, pocas actividades pueden entrenar mejor a un clínico que la lectura. Casi sin advertirlo, la lectura nos entrena en la ponderación de cada dato de la narración: nos enseña cuáles son relevantes para la trama y cuáles no, y esto resulta crucial cuando se redacta una historia clínica, en la que no se puede escribir todo lo que el paciente refiere. Pero la lectura es, también y sobre todo, un sano ejercicio de empatía: nos acostumbra a ponernos en la piel del otro, en los zapatos del otro y en el contexto sociocultural del otro, a entender mejor cómo piensa, qué siente y cómo funciona la maquinaria íntima de sus motivaciones. Leyendo podemos vivir otras vidas, proyectarnos o sentirnos reflejados, entender mejor qué emociones nos mueven y qué actitudes nos enervan. Por último, si aceptamos que la historia global de la humanidad refleja las pequeñas historias personales, escritas con nuestra propia caligrafía, leer se convierte en un acercamiento simbólico

a la historia clínica de nuestra sociedad, a sus mortificantes cronicidades, a sus fiebres vehementes y a sus errores congénitos.

Hoy aquella tesis, que debo en gran parte al generoso magisterio del profesor Herrera, se ha convertido en un extenso ensayo, y el ensayo, en un libro monumental de 655 páginas que la Fundación Gabo acaba de publicar el pasado mes de julio: *Los médicos de Macondo*. A nadie extrañará, pues, que el profesor Francisco Herrera encabece la lista de agradecimientos de esa obra. Él fue testigo feliz de la aventura sin precedentes que fue desvelar qué médicos reales había detrás de cada uno de los personajes médicos que pueblan las ficciones del nobel colombiano y pudimos esclarecer también que hubo una nómina de doce profesionales médicos que asesoraban sistemáticamente a García Márquez en la resolución magistral de las cuestiones clínicas en su obra, particularmente en las que tienen que ver con la toxicología, la medicina forense, la herbolaria indígena o la terminología médica.

No deben extrañarnos estas afinidades; a fin de cuentas, las profesiones del médico y del escritor no están tan alejadas. Ambos oficios miran al ser humano con la misma curiosidad analítica y ambos se basan en la comunicación que brinda el lenguaje. Nuestra tarea clínica se juega en el campo del diálogo con el enfermo, que es un arte de palabras intercambiadas para llegar al diagnóstico. Y todos sabemos hasta qué punto esas mismas palabras pueden tener, además, implicaciones terapéuticas. Hay palabras que sanan. Y no solo las hermosas palabras que alientan al paciente, también las angustiosas palabras que salen de él para nombrar catárticamente sus angustias y sus miedos, el tamaño de su dolor o la extensión sin orillas de su desesperanza. Las palabras no solo nos explican de forma simbólica y misteriosa, también nos liberan y nos ayudan a conjurar el nudo gordiano de nuestras neurosis.

Y Francisco Herrera Rodríguez sabía bien que el arte médico es también, como el oficio literario, un arte hecho de palabras, un arte narrativo. A fin de cuentas, también los médicos escribimos historias, unas historias especiales a las que nos gusta llamar, quizá presuntuosamente, «historias clínicas». Una expresión que, convenientemente traducida del griego, no significa otra cosa que «historias escritas al borde de la cama».